

MI HERMANO ARTURO

Un gran corazón, un hombre querendón. Un hombre múltiple. Un enamorado de su esposa, a quien amó entrañablemente, admirador de sus hijos a los que quiso con ternura, cariñoso con sus hermanos y con todos. Su amor fue a la gente, pero no sólo a su gente, sino a toda la gente y a todo lo viviente. Un entusiasta por la vida. Todo le interesó y por eso era un conversador infatigable y entretenido. Su conversación nos encantó no sólo por lo imaginativo, sino porque se interesaba simpáticamente por la vida e ideas de su interlocutor.

También era un hombre religioso, alguien que vibró hasta lo más íntimo con las realidades de la fe, alguien de cuya vibración religiosa recibí mucho en mi adolescencia, lo que fue decisivo para mi vocación. Y fue motivo en nuestras largas vidas de muchas conversaciones sobre este mundo y el otro.

En él se juntaron estrechamente la pasión y la inteligencia, la ternura y la fuerza, la percepción de lo bello y la erudición. Mostró todo eso en una intensa vida pública.

Nos parece contradictorio que haya muerto. La muerte siempre es contradictoria. Y más cuando el que parte es muy vital. Es que estamos hechos para la vida. Por eso el Mensaje de Cristo que dice “estuve muerto y estoy vivo” nos llega hasta el fondo de nuestros anhelos.

No anhelamos una quimera. Anhelamos que la vida que se nos ha entregado, vida tan azarosa y difícil, y a la vez tan bella, no sea vana. No vivimos para nada, como las moscas. Llevamos una certeza interior de vida

eterna. Y esta certeza se hace aun más fuerte por el mensaje que los discípulos de Jesús nos entregaron.

Estaremos con mi hermano. Estaremos todos en la gran fiesta. Nos cuesta desprendernos de esta vida que hemos amado, pero tenemos confianza al entregarla al Padre del que recibiremos la verdadera, la que no se hace polvo. Aquella en que el amor es para siempre, aquella en que las injusticias serán reparadas y los actos fraternales recompensados.

Mis hermanos son lo más querido que tengo en la vida. Por eso la partida de Arturo me es muy dolorosa, y lo es también para toda la familia. Y para muchos amigos. Pero hay que mirar para adelante y no para atrás. No faltará a su promesa el que nos ha dicho que tendremos una Felicidad Eterna.

Celebramos la Eucaristía como una Cena de Esperanza, anticipación de la Fiesta futura en que se secarán las lágrimas y en que todos nos reencontraremos con indecible júbilo. Así sea.

P. Pablo Fontaine A.

18 Mayo 2010